

vistero de salones de *El Imparcial*, ha publicado un libro titulado *El viaje de Don Alfonso XII, á Francia, Alemania, Austria y Bélgica*, que ha sido bien recibido por la prensa madrileña, tanto por las descripciones animadas y bien escritas que encierra, como por el interés que su autor inspira á sus compañeros de periodismo.

Creemos que el señor Escobar venderá muchos ejemplares de su nuevo libro y nos alegráramos sinceramente.

*
* *

Los cementerios, las buñolerías y los teatros se vieron muy concurridos el día de difuntos.

El pueblo madrileño es amante como el que mas de la rutina. Importó poco el barro que las pasadas lluvias depositaron en los alrededores y aun en las calles de la heroica Villa del dos de Mayo; la tradicional costumbre empujaba á las gentes á los cementerios y estos vieron invadido su plácido recinto por bulliciosa turba de indiferentes paseantes.

Al anochecer la gente se dirigió á las buñolerías, porque eso sí, en día de difuntos no pueden faltar los buñuelos, como no falta en noche buena la clásica sopa de almendras, y el día de San Isidro las famosas rosquillas de la tía Javiera. Satisfechos los estómagos con los buñuelos de viento, abrieron sus puertas los teatros, y por millonésima vez el pendenciero y gallardo *Don Juan Tenorio*, deleitó al pueblo con la dulcísima armonía de aquellos versos, que si no están del todo conformes con las reglas establecidas por la *Poética*, en cambio vibrarán siempre de un modo delicioso á los oídos de todo español de pura raza.

Zorrilla es ingrato con esa obra, la más popular que ha producido su peregrino ingenio: dice que es la peor de cuantas ha escrito, y esto lo dice á cuantos quieren oírle; pero apesar de su anatema, *Don Juan Tenorio* aparece todos los años en el escenario de nuestros teatros y siempre el nombre de Zorrilla y el del audaz competidor de Don Luis Mejía se mostrarán unidos en los anales de nuestro teatro.

Esto consiste en que el tipo caballeresco y arrojado de *Don Juan* habla muy alto á la impresionante fantasía de nuestro pueblo, y el pueblo no analiza con el aplauso y sangre fría de un académico los defectos en que abundan las producciones del humano ingenio: piensa y siente, y en esto estriba su ciencia, y con tal explicación hallamos la clave del enigma y comprendemos, guiados por la fantasía, la causa de que algunas veces no alcancen con mucho, igual grado de popularidad los versos acabados, perfectos pero frios, y los desordenados y llenos de pasión.

Lo que en los países del Norte no tendría explicación posible, la tiene y muy convincente en

nuestro ardiente mediodía. En las artes y en la poesía, lo propio que en el amor, todo es cuestión de temperamentos.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 10 Noviembre, 1883.

BIBLIOGRAFÍA

«EL SOLITARIO» Y SU TIEMPO,
POR DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Es el señor Cánovas del Castillo, ya que no un *Emonstruo* de la naturaleza, una de las mayores capacidades de la España contemporánea. Ingenio próspero y de aptitudes múltiples es á la vez historiador diligente, insigne literato, pensador serio, grande orador, sagaz crítico y erudito infatigable. Se hacen lenguas, por ahí, sus partidarios, celebrándole también como gran político y hombre de Estado; pero nosotros, la verdad sea dicha, que no abrigamos simpatías hacia ningún partido, antes bien, á todos execramos cordialmente, por la sencilla razón de que en ellos vemos la causa principal, sinó la única, de los males que hoy afligen á la sociedad española, no hemos sabido descubrir en el señor Cánovas, las altas dotes de gobernante, que algunos quieren atribuirle. Distinguirse algo, y nada mas que algo, sobre el vulgo de políticos ramplones y estadistas pigmeos, cuya suma de ciencia política y arte de gobernar se reduce al *quitate tú para que me ponga yo*, fórmula única y aspiración suprema de todos los partidos; y cabalmente, en un país donde todos servimos para todo, y nacemos ya ministros *in potentia*, no es, por cierto, un gran título de gloria. Menguada sería la de Cánovas y de tantos literatos políticos, si, sobre sus laureles ganados en las turbulentas contiendas de la política, no pudiesen ostentar los más nobles y legítimos adquiridos en las honrosas lides de la inteligencia. Los primeros son flor de un día; los segundos no se marchitan jamás. Pero, dejemos estas consideraciones que, sin quererlo, nos llevarían demasiado lejos de nuestro principal objeto. Vale mas *non ragionar di lor...*

De su valía como hombre de letras acaba de dar Cánovas nuevo testimonio, con la reciente publicación de *El Solitario y su tiempo*; libro que precede, á guisa de prólogo, á la novísima edición de las obras de Don Serafín Estébanez Calderón.

Fué este insigne escritor, tan notable como olvidado actualmente, uno de los talentos mejor cultivados de la primera mitad de este siglo, digno representante de un españolismo de pura laya y á la antigua usanza, que hoy ya por desgracia

se extingue, y devotísimo de las letras y costumbres españoles, de las que fué, toda su vida campeon decidido y entusiasta. Alma recta, corazón generoso, imaginación meridional y espíritu observador, pareció revivir en él con nuevos bríos, el numen gracioso, travieso y retozón de los Cervantes y Quevedos, encarnado en una prosa de incomparable pureza y galanura, calcada en los moldes esculturales de nuestros escritores picarescos del gran siglo. Nadie, como él, ha sabido pintar con tan vivas tintas las costumbres tradicionales del pueblo español, y en especial de su clásica tierra malagueña; y cuadros hay en sus *Escenas andaluzas*, (única obra suya que hasta ahora conocemos,) de tanta frescura y colorido, con tal desenfado y primor escritos, que de seguro no se desdeñaría de firmarlos el mismísimo Quevedo, á quien en punto á naturalidad y buen gusto aventaja. Por de contado, que así Mesonero Romanos como Larra no hicieron mas que seguir, si bien de cerca, en sus sabrosísimos artículos, el ejemplo de Estébanez Calderón. El ingenio cáustico, mordaz y misantrópico del malogrado *Figaro* es, sin embargo, único en lo tocante á la sátira política. Ni el buen Mesonero, escritor regocijado y apacible, ni el saludísimo Estébanez, se elevaron casi nunca á las regiones tormentosas de la política; su campo favorito era el de las costumbres populares y caseras. Como Quevedo, es también Estébanez escritor serio y de altos asuntos. Prueba de ello, su *Historia de la infantería española, por desgracia no terminada*; libro donde campea el severo y magestuoso, y á la par pintoresco estilo, de los Marianas y Moncadas, Mendozas y Solís. El fragmento que de dicha obra transcribe Cánovas, el retrato del guerrero *almogávar* de la Edad media, es, con efecto, trozo tan admirable, que parece arrancado al sobrio y enérgico pincel de Melo, y aun á la férrea pluma de Tácito. Si es notable Estébanez como historiador y pintor de costumbres, lo fué, también, como poeta y novelista. Bajo el primer concepto es imitador de Meléndez é Iglesias, y en otro estilo de Góngora y Quevedo; de quienes tomó lo bueno, no lo culterano y extravagante. Sus letrillas y romances picarescos y sus poesías amorosas serán de lo mejor de nuestro siglo, por lo que de ellas dice Cánovas. En prensa está nueva y escogida edición de sus versos, que con ansia esperamos para poder saborearlos. Su novela *Cristianos y moriscos*, por sus pintorescas descripciones, gracia y viveza de estilo y animada narración, da idea de á donde hubiera llegado el ingenio peregrino de *El Solitario*, á haber cultivado mas este difícil género, para el cual poseía dotes no comunes. Pero, así como en todo no hizo mas que ensayarse, consecuencia de su natural flexible, vo-

luble é inconstante, (vicios anexos al carácter español y máxime al andaluz,) en lo único que demostró una tenacidad y afición inquebrantables fué en el estudio del árabe, lengua que llegó á dominar, y en su manía de adquirir y coleccionar libros españoles antiguos. Arabista consumado y bibliófilo insaciable, estas fueron las dos mayores devociones de su vida. Y tanto, que no se olvidó de ellas, ni en las graves ocupaciones y azares de su vida política, ni aun entre el estruendo de los campamentos. Tal es, á grandes rasgos, la fisonomía literaria de D. Serafín Estébanez Calderón, apellidado *El Solitario*.

A tan soberano escritor se encarga de presentar á la actual generación su sobrino D. Antonio Cánovas del Castillo, en su obra *El Solitario y su tiempo*. Y á fé que lo hace de perlas. Libro es el suyo, que recuerda el reciente del Marqués de Molins sobre *Breton de los Herreros*, y también el *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza* del insigne académico D. Luis Fernandez Guerra y Orbe; modelo insuperable entre nosotros de este género de estudios biográfico-críticos, que de tanta utilidad son á la historia literaria.

Llenar dos tomos de nutrida y compacta impresión con la sola biografía de un autor, será mucho escribir para los que unicamente leen artículos de revista ó sueltos de periódico; pero, el señor Cánovas es hombre sesudo, y ha querido hacer una obra á conciencia. No merecía menos aquel que fué para él un padre, un protector y un maestro. Puntualísimo en su narración nos hace asistir al nacimiento y primeros años de Estébanez en Málaga, á sus estudios en Granada, á los comienzos de su carrera política en Madrid, á sus campañas en el Norte, á sus cargos políticos en Logroño y Sevilla, á sus viajes por el extranjero, á su expedición á Italia con el general Córdoba, á su retiro en Madrid, á sus polémicas con Gallardo, hasta acompañarle al sepulcro. Desfila Estébanez ante el lector, como estudiante, como poeta, como articulista de costumbres, como militar, como arabista, como novelista, como historiador y como hombre de su casa. Todo esto en sendos capítulos narrado y espuesto de tan hermosa manera y tal gallardía de frase, que mas que árida y descarnada historia, parece novela sabrosa é interesante. Y no para aquí; sino que, con ocasión de la parte que Estébanez tomó en los acontecimientos políticos de su tiempo, nos acompaña su biógrafo á los campos de batalla de la guerra civil, al levantamiento de Sevilla en 1838, á la expedición española á Roma para la liberación del Papa, y á otros varios sucesos dignos de especial recordación. Con él descendemos á las interioridades de la política española de la época de la que nos dá Cánovas curiosísimas noticias,

que ponen á buena luz muchos hechos hasta ahora turbios. La diligencia, claridad y conocimientos empleados en esta parte histórico-política de la obra, revelan en su autor copiosa erudición, recto criterio y elevado sentido político. Aunque no suscribamos, ni mucho menos, á todas las opiniones y preocupaciones del jefe del partido conservador, lícito nos es admirar la competencia y sereno juicio con que trata y analiza problemas de alta y compleja política, que plantea y resuelve con notable soltura y desenfado. Hay, sobre todo, unas consideraciones, al final del capítulo XI, acerca las causas de la grandeza y decadencia de España y de su misión política en la historia, que son obra maestra de historiador filósofo. ¡Lástima grande que hombres como Cánovas, que tan maravillosamente hablan y escriben en materias políticas, puestos luego á gobernar, lo hagan tan rematadamente mal como cualquier mediocre y rutinario politicastro! ¿Cuándo dejarán nuestros hombres de Estado esos idealismos utópicos y fantasmagóricos en que se encastillan, y bajarán al terreno firme, práctico y de detalles, á la manera y usanza inglesas?

Pero, ya la parte de crítica literaria de *El Solitario y su tiempo*, solicita nuestra preferente atención. Decir de ella que es de todo punto admirable, es poco decir. La minuciosidad de análisis y el fino gusto estético que usa al desentrañar las bellezas y lunares de las producciones de Estébanez, acusan en Cánovas una vasta y bien digerida cultura literaria, no menor que su erudición histórica. Son de lo mejor del libro los capítulos destinados á examinar el romanticismo y el naturalismo en sus relaciones con *el Solitario*. En ellos estudia, con erudición y crítica notables, los orígenes del romanticismo, sus campañas con el clasicismo y su influencia en la literatura europea y española; sostiene un juicio bastante duro sobre Víctor Hugo, á quien niega el alto lugar que hoy día se le concede, y discurre magistralmente acerca el naturalismo francés, del cual se declara enemigo encarnizado, huyendo en esto de preocupaciones vulgares, que tienden á proclamar á este sistema como el *non plus ultra* del arte. Riguroso es el proceso que contra él entabla, hasta condenarlo sin piedad. Dispensado nos ha de ser, á este propósito, que por vía de incidente digamos algo, aunque no nuevo, sobre temas tan socorridos y manoseados ya, como los de *romanticismo y naturalismo*.

Hoy día, las contiendas apasionadas entre clasicistas y románticos han pasado al panteón de los recuerdos, y á fé que bien enterrados están. No conocemos disputas mas ociosas y ridículas. Solo una cosa buena ha salido después de tanto ruido: la conciliación de lo real y de lo ideal eter-

nos polos sobre que debe girar el arte. Es al presente verdad averiguada que en literatura, escepto el género *soso*, todos los demás son admisibles. Tratar bien el asunto es lo que importa, que lo demás es negocio baladí. La *forma*, que si no es todo el arte, es más de la mitad de él, dá el compás para juzgar del valor de una obra. Sea esta *subjetiva* ú *objetiva*, *idealista* ó *realista*, puede ser en ambos casos bella, y como tal, caer de lleno en los dominios del arte. Que no en vano, éste es la *expresión de la belleza*. Y así, por igual nos cautivan la robusta inspiración bíblica del divino Herrera, y los versos de corte clásico y horaciano del príncipe de nuestros líricos, Fray Luis de Leon, como las preciosas narraciones románticas, llenas de realidad y vida, del legendario Zorrilla ó del gran Duque de Rivas, poetas los mas españoles de este siglo. Escusado es advertir, que lo antedicho no escluye el carácter moralizador, ó cuando menos indiferente, que debe animar toda obra artística ó literaria, porque, á nuestro juicio, lo inmoral, además de tal, es anti-artístico.

Y he aquí, porque en buenos principios estéticos jamás será literario, al menos cual lo entienden y practican sus más autorizados representantes, el sistema naturalista, hoy tan en boga, entronizado como en son de protesta y reacción del espíritu romántico, y como todas las reacciones, exagerado. No sin razón sobrada discurre Cánovas acerca de él, y lo fustiga terriblemente. Bien lo merece un género de literatura que hace gala de pintar la humanidad en su parte mas baja y animal, con una desnudez tan escueta y grosera, capaz de revolver los hipocondrios al hombre menos melindroso, y de hacer salir los colores á cualquiera que conserve un resto de vergüenza. Convertir la novela de una narración animada y pintoresca de sucesos históricos ó fingidos ó de costumbres sociales que ha sido siempre, á un simple muestrario de miserias, pasiones y vicios de la ínfima plebe, espuesto, no en en tono de censura, sino meramente como hechos humanos y reales, útiles si se quiere para la historia de la medicina, ó de la higiene ó para que en ellos intervenga la policía, es, á la verdad, empresa desdichadísima, anti-artística y anti-social, reservada por derecho propio, á los novelistas de esa babilónica metrópoli, que mejor que cerebro de Europa, merece llamársela cloaca y pudridero de donde salen los miasmas deletéreos que infestan hoy al mundo. No negaremos que Zola, pontífice y legislador del moderno naturalismo, sea gran analista, espíritu observador y maravilloso estilista; pero esto no obsta, para que sus libros, y la mayor parte de los de sus imitadores, carezcan de lo principal de una novela, que es la acción interesante, verosímil y poetizada, y se reduzca á

meras descripciones, detalles de la vida, datos y documentos. Esto será, en todo caso, historia ó estadística criminal; pero de ningún modo novela. Así y todo, este es hoy el género literario que prevalece y cuenta mayor número de cultivadores. De ellos, hay algunos que entienden el naturalismo muy de otra manera, y no le siguen en su parte nauseabunda y corruptora. ¿Quién, por ejemplo, podrá confundir el cieno de los naturalistas franceses, con el oro purísimo que brilla en los realistas libros, llenos de colorido local, del inimitable y bizarrísimo pintor de costumbres montañesas, el simpático Pereda?

Y á propósito del naturalismo, hemos de recordar aquí la sorpresa que experimentamos hace poco, al recibir y leer el último libro de la más insigne de las escritoras españolas de nuestros días, la de más vigoroso y personal estilo, y de mas varia y selecta doctrina: *la Cuestión palpitante*, de D.^a Emilia Pardo Bazán. Todo lo esperábamos, menos una entusiasta apología del sistema naturalista. Por su sexo, por sus ideas sanas y cristianas, por su delicado buen gusto, por sus preferencias literarias en otros libros patentes, y hasta por haber nacido en blasonada cuna, creíamos que la hija de los marqueses de Pardo Bazán no había de simpatizar, ni siquiera en teoría, con un género literario, tan en contraposición al parecer, con las aficiones de una dama de esquisito paladar, católica y aristócrata por mas señas. De hoy mas, el naturalismo tiene en España un adalid que vale por cien. Pero creemos que su admiración por los naturalistas franceses será puramente teórica y platónica, pues en la práctica, esto es, en sus bellísimas novelas, no ha seguido la señora de Pardo Bazán las vías tortuosas por donde andan aquellos autores ni es probable las siga en las que en adelante publique. Y basta de naturalismo, que ya esta digresión se ha prolongado con exceso.

Del estilo de libro de Cánovas poco hay que hablar. Sobrio y apacible, cual conviene á la historia, adquiere á veces deshusada animación y energía. Castizo sin afectación académica posee aquella *elegante sencillez*, tan difícil de adquirir, y que es patrimonio exclusivo de los buenos escritores.

Tocante al desempeño del plan, solo diremos que llena cumplidamente su título. *El Solitario y su tiempo* es en suma, un retrato de cuerpo entero de D. Serafín Estébanez Calderón y su época, hecho de mano maestra y con verdadero *amore*.

Pertenece a la escogida *Colección de escritores castellanos*, que en Madrid edita con singular discreción el joven académico de la Española D. Mariano Catalina, é imprime el Sr. Pérez Du-

brull, con el esmero y elegancia que tiene acreditados.

Al terminar este ligerísimo artículo, asáltanos el temor de que tal vez haya quien encuentre hiperbólicos los elogios que hemos tributado á la obra del señor Cánovas, y diga, que no hemos sabido ver sino bellezas. Defectos hay sin duda, como en toda obra humana; y no es nuestra admiración tan ciega, que aprobemos sin reserva todos los dichos y apreciaciones tuyas, y en especial sus pareceres en materia política; pero son esas cuestiones para nosotros tan secundarias, y van eclipsadas por méritos literarios de tan subido precio, que no hemos de enumerar aquí los puntos en que disintimos del ilustre biografo de *el Solitario*. A más, la ocasión de aplaudir un libro nuevo escrito en castellano se ofrece raras veces, pues por desgracia nuestras prensas no publican, generalmente, sino librejos insulsos y traducciones desdichadas, obra de escritorzuelos chirles; y no es de extrañar, por tanto, que cuando cae en nuestras manos un libro hondamente pensado y donde se hable bien el idioma, hallemos especial gusto y fruición en ensalzarlo como es debido. Bien, pues, por el señor Cánovas, y felicitémonos de que su alejamiento del poder le haya proporcionado el vagar y reposo necesarios, para enriquecer las patrias letras con trabajo tan primoroso.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

LAS DOS CORONAS

BALADA

¡Vanidad! tienes nombre de mujer.

I

¿Qué buscas, regia matrona?
Dime, ¿qué buscas aquí?

—¡Solo busco una corona
Que sea digna de mí!

Quisiera que sus colores
Fuesen los de un arrebol,
Para causar con mis flores
La envidia del mismo sol.

¡Mas me canso noche y día
De correr por el vergel!...

—¡Pues acepta, vida mía
Mi corona de laurel!

—No la quiero, que me asusta
Su tristeza singular,

Y ni su sabor me gusta,

¡Que es amargo como el mar!

—¿Acaso ignoras, hermosa,
Que resiste al vendabal,